

La realidad que se elude

LOS fines de año son épocas de recuentos o balances. Y el advenimiento de uno nuevo está a su vez asociado a proyectos o esperanzas.

Bien sabemos que hay en ello mucho de artificial. En realidad, el paso de un 31 de diciembre a un primero de enero no difiere del de cualquier otro día del año al siguiente. Sin embargo, los hombres necesitamos de metros que midan y dimensionen nuestras existencias dentro del tiempo.

Por eso mismo, advierto una enorme incongruencia entre esa exigencia humana y el rechazo que la cultura occidental contemporánea manifiesta hacia toda reflexión profunda y personal en torno a la muerte.

Se diría que el hombre de nuestra civilización actual desea apartar la muerte de sus vivencias más diarias y fundamentales. Acepta comprobarla como un hecho cierto que nos rodea, pero siempre mirado como ajeno. Admite incluso reconocerla como algo que inevitablemente también nos sobrevendrá a cada uno de nosotros, pero rehuendo asumirla estimándola distante.

Pensar en la propia muerte suena a obsesión tenebrosa o a sugerencia de mal gusto. A resabio macabro de

épocas calificadas de oscurantistas, opuestas al optimismo y a la alegría de vivir.

Contrariamente a ello, creo que la propia muerte —asumida vitalmente cada día— ofrece la única perspectiva segura y serena para ver y evaluar bien el rumbo ya recorrido de nuestra vida, a la vez que para discernir ya sea los afianzamientos o las rectificaciones en la parte de ruta que aún nos quede por delante.

PORQUE, querámoslo o no, la muerte se nos atraviesa como la meta de nuestro paso por el tiempo. Y además ella puede llegarlos en cualquier momento.

¿Cuántas personas —acaso amigos o familiares nuestros— que recibieron y desearon parabienes al advenir 1984, no están ya entre nosotros, sin que nada permitiera entonces



ces preverlo? ¿Cuántos de nosotros no veremos el final de este año nuevo para cuyo festejo nos preparamos? ¿Por qué descartar, en forma irresponsable o evasiva, que entre ellos quizás se encuentre uno mismo?

Quienes creemos en el juicio eterno de Dios, no podemos olvidar las insistentes prevenciones de Cristo de permanecer siempre vigilantes y preparados, porque la muerte vendrá "a la hora que menos penséis" (Lc. 12,40).

“Si ‘partir es morir un poco’, parece insensato que despídamos un año y aguardemos el nuevo pretendiendo ignorar que ello nos acerca otro poco a nuestra meta final...”

Pero junto a ello, la fe nos ilumina la muerte con las luces de la eternidad. Morir no es un sórdido final del cual haya que arrancar con angustia o cobardía. Entraña una transformación que nos permite contemplar a Dios, cara a cara. Y disfrutar de esa inefable maravilla para siempre.

CIERTO es que todo ello se contrapone con cifrar la felicidad que legítimamente anhelamos para esta tierra, en el apego indebido a los bienes y riquezas del mundo. O en el disfrute desordenado de los placeres de los sentidos, de los caprichos egoístas y de la molicie. O, en fin, en la búsqueda de éxito, poder y status según los cánones paganos que hoy dominan el ambiente.

Tal vez por eso el hombre occidental contemporáneo esquiva la idea de la muerte. No sabe —o no quiere saber— que existe otra felicidad que nace de asumir esa realidad y orientar la vida en función de valores y principios morales constituidos por renunciamentos. Si. Pero por renunciamentos que engendran, ya en esta existencia temporal, las más fecundas plenitudes del alma humana.

Recordando aquello de que “partir es morir un poco”, parece insensato que despídamos un año y aguardemos la llegada del nuevo, pretendiendo ignorar que ello nos acerca otro poco a nuestra meta final en esta vida. Ningún castillo de naipes ni ningún fuego de artificio logrará eludirla. ¿Es entonces esta fecha inoportuna —o al revés muy oportuna— para las reflexiones precedentes?